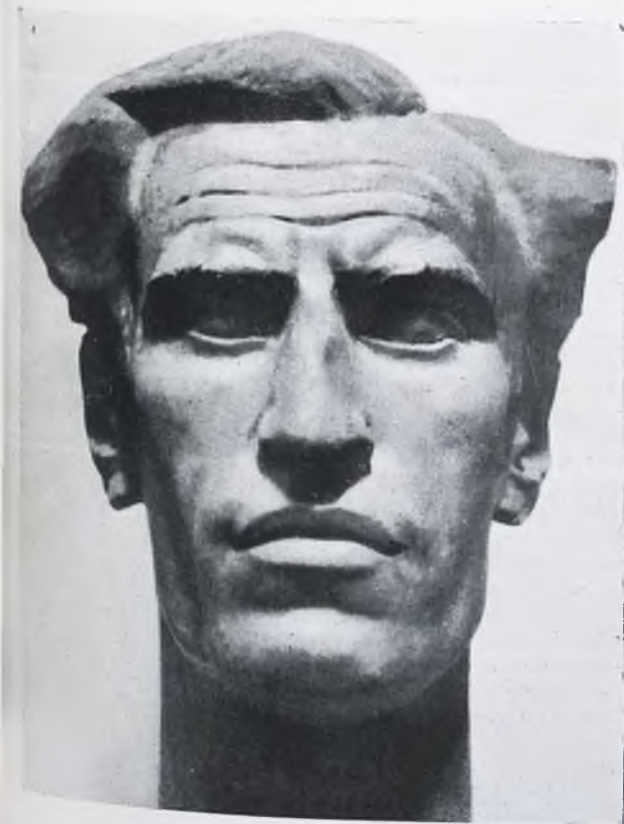


DOS ESCULTORES PORTUGUESES

Por E. A.



Escultura, por Joao Fragoso



El poeta Miguel Torga, de Martins Correia

La verdad pictórica —supone la pintura contemporánea— puede hallarse en la forma más leve. Cualquier mundo plástico donde no se nos presentan equilibradas la «dicción» del creador y su «conquista» es terreno propicio para pecar. La armonía del mundo canta en la personal armonía pictórica, siempre y cuando esta armonía no se nos presente cinificada por el «hermetismo». Que en pintura, como en escultura, aparece como remedio elocuente para dignificar la humilde o descarada simulación.

De la misma manera, la verdad escultórica, si no quiere hermetizarse en el modelado aparentemente clásico, tiene que cobijarse en un mundo formal dominado. Los escultores, con el aviso singularísimo de un Bourdelle o Rodin, hace mucho tiempo que huyeron de lo aparential. En esta huida, en este temor, en este afán de venialidad que excluye lo aparatoso, lo falsamente colosalista, llegaron a verdaderos engaños sintéticos. Haciéndose precisa, no la reinstauración de lo hermético en el terreno escultórico, sino la reconquista, realizada a la altura de las circunstancias actuales, de aquella verdad señera por la que la escultura siempre fué.

El neoclasicismo ha hecho demasiado de las suyas en escultura para que quienes pretenden imponer su ley, su mandamiento, una pequeña verdad personal más o menos eternizada, se desliquen totalmente de prejuicios tremendos, agobiantes, carentes de intención. El delirio escultórico llegó a tanto, por estas razones, que ese único habitante heroico que es la estatua incurrió en abstracciones calificadas por determinada singularidad. Pronto se vió que ni lo abstracto falso ni los pobres hombres de piedra servían para nada escultóricamente. Pero a la hora de crear el arquetipo —ese arquetipo esencial que le nace a la escultura para continuarla, cuando en su ser eternal hay poderío, vigor, razones absolutas—, se hizo mucho monigote colosalista, o bastantes pobres diablos, envanecidos por la materia definitiva en que encarnaron su condición.

Aunque parezca extraño, en la historia de la escultura cada tiempo instala sus mitos. Se equivocan quienes creen que para todas las épocas vale Fidias o Praxiteles o el mismo Rodin. El anacronismo es más imperdonable escultórica que pictóricamente. Y por eso, cuando —huéspedes de España— contemplamos las esculturas de Joao Fragoso y Martins Correia, lo primero que nos interesa es su esfuerzo personal —muy distinto como puede verse— para que sus resultados no desentonen como mitos de su contemporaneidad.

Joao Fragoso, nacido en Caldas da Rainha el 27 de abril de 1913, caracteriza el vigor que libera según un deseo que le dirige a la creación de mitos ibéricos. Martins Correia, apasionado de nuestra Dama de Elche, eterniza abstractamente sus desnudas creaciones, hasta elevarlas a la categoría de un signo más irreal. Potencia el primero sus vigorosas conquistas, hasta hacerlas amenazantes, eclosivas, de espuma y piedra. Trata el segundo de que sus resultados, depurados según un concepto escultórico actualísimo, nos llamen a quien los contemplamos desde un clima de cosas donde casi se elude la representación.

Sin embargo, ni a Correia ni a Fragoso les dificulta en su quehacer la obsesión de lo representativo. Martins y Joao buscan mitos actuales, que no representen —eso sí— virtudes, propiedades anecdóticas, sino esencialismos ejemplares por su propio vigor. Para Fragoso, esculpir es centrar la soledad del mundo, con resultados en los que canten propiedades vivas, soterradas por quienes no las deifican en la escultura. Para Correia, cumplir con su destino resulta conducir sentimientos ambiciosos hasta la categoría de una estatua, virtuada por su depurada sencillez. Ahora bien; ni uno ni otro se olvidan de aquella propiedad fundamental de lo escultórico, por la que una obra es legal en su plano, cuando está dispuesta a ordenar con su presencia las razones vivas más secretas. O cuando al existir pretende, nada más ni nada menos, que conferir un sentido —el suyo desbordante— a aquel lugar del mundo en donde el escultor la siembre como una flor.

Joao Fragoso, partiendo de un concepto racial perfectamente contrastado, depura en la expresión escultórica el mismo, hasta que la escultura alumbrada una (Continúa en la página 88)